

Michael Scott

# LA HECHICERA

*Los secretos*  
DEL INMORTAL  
NICOLÁS FLAMMEL



8  
V  
B  
★  
H  
∞  
U  
A  
∞  
8  
A

DO  
Z  
H  
C  
O  
X  
O  
M  
A  
H  
A

# La Hechicera



# La Hechicera

Los secretos del inmortal  
Nicolas Flamel

Michael Scott

Traducción de María Angulo Fernández



**Rocaeditorial**

Título original: *The Sorceress*  
© 2009 by Michael Scott

“This translation published by arrangement with Random House  
Children’s Books, a division of Random House Inc.”

Primera edición: marzo de 2010

© de la traducción: María Angulo Fernández  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l’Argentera, 17. Pral.  
08003 Barcelona  
correo@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-055-7  
Depósito legal: M. 2.228-2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,  
ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de  
recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio,  
sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por  
fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Courtney,  
*ex animo*

Estoy cansado, muy cansado.

Y estoy envejeciendo rápido. Siento las articulaciones rígidas, he perdido agudeza visual y tengo que forzar el oído para percibir los sonidos. Durante los últimos cinco días me he visto obligado a utilizar mis poderes más veces que a lo largo de todo el siglo pasado, lo cual ha acelerado el proceso de envejecimiento notablemente. Calculo que he envejecido al menos una década, o incluso más, desde el pasado jueves. Si quiero seguir con vida, debo recuperar el Libro de Abraham y no puedo, bajo ninguna circunstancia, arriesgarme a utilizar mis poderes una vez más.

Pero Dee tiene el Códex en sus manos y sé que no tendré otra opción que utilizar, otra vez, mi ya mermada aura.

Y lo haré, si es que sobrevivimos.

Cada vez que se consume, me acerco más a la muerte... y si Perenelle y yo fallecemos, ya nadie se interpondrá en el camino de Dee y los Oscuros Inmemoriales. Cuando perezcamos, el mundo llegará a su fin.

Pero todavía no estamos muertos.

Y tenemos a los mellizos. Esta vez se trata de los verdaderos mellizos, de los legendarios mellizos con auras puras de color dorado y plateado. Mientras los mellizos sigan con vida, aún hay esperanza.

Estamos a punto de adentrarnos en Londres. Temo a esta ciudad sobre todas las demás, ya que en su corazón yace todo el poder de Dee. La última vez que Perenelle y yo estuvimos aquí, en septiembre de 1666, el Mago casi convierte esta ciudad en cenizas en un intento de capturarnos. Jamás volvimos. Londres ha atraído a Inmemoriales de todo el planeta: hay más en esta ciudad que en cualquier otra de la faz de la Tierra. Inmemoriales, humanos inmortales y aquellos de la Última Generación vagan por las calles londinenses con libertad y discreción y, sin duda, sé de al menos una docena de Mundos de Sombras repartidos por las Islas Británicas.

En estas tierras celtas se unen y convergen más líneas telúricas que en cualquier otro país, y rezo por que los poderes Despertados de los mellizos nos ayuden a utilizar estas líneas para volver a San Francisco y a los brazos de mi Perenelle.

Y aquí también habita Gilgamés, el Rey. Es el humano inmortal más longevo del mundo. Su sabiduría es incalculable a la vez que enciclopédica. Se dice que antaño fue el Guardián del Códex y que incluso conoció al mítico Abraham, el creador del libro. La leyenda cuenta que Gilgamés conoce todas las magias elementales, aunque, misteriosamente, jamás ha tenido el poder para utilizarlas. El Rey no posee aura. Muchas veces me he preguntado cómo debe ser eso: poseer el conocimiento de tantas cosas increíbles, tener acceso a la sabiduría de los días de antigüedad, dominar todas las palabras y hechizos que podrían convertir a este mundo en el paraíso que una vez fue... y aun así, no ser capaz de utilizarlos.

10 Les he explicado a Sophie y a Josh que necesito que Gilgamés les forme en la Magia del Agua y que además nos ayude a encontrar una línea telúrica que nos lleve de vuelta a casa. Pero lo que ellos no saben es que ésta es una apuesta desesperada; si el Rey se niega a hacerlo, nos veremos atrapados en los dominios de Dee sin posibilidad alguna de poder escapar.

Tampoco les he confesado que Gilgamés está bastante, bastante loco... y que la última vez que nos vimos, él pensó que estaba intentando matarle.

*Extracto del diario personal de Nicolas Flamel, alquimista.  
Escrito el lunes 4 de junio en Londres, la ciudad de mis enemigos.*

LUNES,

*4 de junio*

## Capítulo 1



Creo que son ellos. El joven ataviado con un abrigo verde y situado exactamente bajo el gigantesco reloj circular de la estación de Saint Pancras apartó su teléfono móvil del oído para comprobar la pantalla rectangular del aparato, donde brillaba una imagen borrosa en formato jpg. El Mago inglés había enviado la imagen hacía un par de horas. Se veía claramente la hora y la fecha en la que había sido tomada: las 23.59.00 horas del 4 de junio. Los colores apenas se diferenciaban entre sí y daba la sensación de que la fotografía había sido tomada por una cámara de seguridad. Mostraba un anciano con cabello canoso y corto que, acompañado por dos adolescentes, subía a un tren.

13

Poniéndose de puntillas, el joven rastreó con la mirada la estación para no perder de vista al trío que acababa de vislumbrar. Por un instante, pensó que les había perdido la pista entre la multitud, si bien aunque tal cosa hubiera pasado no llegarían muy lejos; una de sus hermanas estaba en la planta baja y la otra fuera de la estación, vigilando la entrada.

Pero ¿dónde se habían metido el anciano y los dos adolescentes?

Al intentar diferenciar las incontables esencias que cubrían la atmósfera de la estación, el joven abrió completamente las aletas de la nariz, estrechas y puntiagudas. Identificó y descartó rápidamente el hedor que desataba tal cantidad de seres humanos, la miríada de perfumes y desodorantes, de jabones y cremas, el olor grasiento a comida frita que emergía de los restaurantes de la estación, el rico aroma de café y el penetrante y empalagoso tufo metálico de los motores y vagones de los trenes. Las aletas de su nariz se expandieron de forma casi inhumana mientras cerraba los ojos y echaba la cabeza ligeramente hacia atrás. Los olores que estaba buscando eran más ancestrales, más salvajes, más insólitos...

¡Ahí!

Menta: una mera insinuación.

14

Naranjas: poco más que una vaga sugerencia.

Vainilla: apenas un perceptible rastro.

Escondidas tras unas diminutas gafas de sol rectangulares, sus pupilas, de un color azul negruzco, se dilataron. Olfateó el aire en un intento de localizar la tenue estela de esencias camuflada en el ambiente de la gigantesca habitación. ¡Los tenía!

El anciano que había visto en la imagen de su teléfono caminaba a zancadas por la estación directamente hacia él. Llevaba unos vaqueros negros y una chaqueta de cuero muy desgastada y cargaba con una maleta de viaje en su mano izquierda. Y, al igual que en la fotografía que le habían tomado horas antes, le seguían dos adolescentes rubios tan parecidos que incluso podrían ser hermanos. El chico era más alto que la chica, y ambos cargaban con mochilas.

El joven tomó rápidamente una instantánea con la cá-

mara fotográfica de su aparato móvil y la envió al doctor John Dee. Aunque el Mago inglés sólo le provocaba desprecio y desdén, lo último que quería era que éste se convirtiera en su enemigo. Dee era el agente de uno de los Oscuros Inmemoriales más ancestrales y, sin duda alguna, más peligrosos de todos.

Quitándose la capucha de su abrigo verde, que hasta ahora le había cubierto el rostro, el joven dio media vuelta en el mismo instante que el trío se aproximaba a él y llamó a su hermana, que se mantenía a la espera en la planta baja.

—Definitivamente se trata de Flamel y los mellizos —murmuró al auricular en un idioma ancestral que, finalmente, se transformó en gaélico—. Se dirigen hacia ti. Atacaremos cuando lleguen a la calle Euston.

Cerrando el teléfono con un golpe seco, el joven con abrigo y capucha salió tras los pasos del Alquimista y los mellizos norteamericanos. Se movía fácilmente entre el gentío que se había aglomerado en la estación a esa hora de la tarde. Aparentaba ser otro adolescente más, pasando desapercibido y anónimo con unos vaqueros desaliñados, unas zapatillas de deporte raspadas, un abrigo varias tallas más grande, una capucha que le tapaba la cabeza y el rostro y unas gafas de sol que ocultaban sus ojos.

Sin embargo, pese a su apariencia, el joven jamás había sido, ni remotamente, humano. Él, junto con sus hermanas, había pisado por primera vez la isla británica cuando ésta aún estaba unida al continente europeo y, durante generaciones, todos ellos habían sido venerados como dioses. Le resultaba un tanto molesto recibir órdenes del entorno de Dee quien, después de todo, no era más que un humano. Pero el Mago inglés había prometido al

joven encapuchado un premio muy tentador: Nicolas Flamel, el legendario Alquimista. Las órdenes de Dee habían sido claras; el joven y sus hermanas podían quedarse con Flamel, pero los mellizos eran intocables. El chico retorció los labios; sus hermanas capturarían con el mínimo esfuerzo a los mellizos y él tendría el gran honor de matar a Flamel. Una lengua color azabache salió como una flecha de la comisura de los labios y se relamió. El Alquimista sería un festín del que disfrutaría varias semanas. Y, por supuesto, le guardarían los bocados más sabrosos a Madre.

16 Nicolas Flamel aminoró el paso, permitiendo así que Sophie y Josh le alcanzaran. Con una sonrisa forzada, el Alquimista señaló la estatua de bronce de unos doce metros de altura ubicada a los pies del reloj.

—Se conoce como «El punto de encuentro» —dijo en voz alta. Después, con un susurro, añadió—: Nos están siguiendo. —Sin dejar de sonreír, se inclinó hacia Josh y murmuró—: Ni se te ocurra girarte.

—¿Quién? —preguntó Sophie.

—¿El qué? —inquirió Josh. Sentía náuseas y mareos; los aromas y los sonidos de la estación ferroviaria estaban abrumando sus sentidos, recientemente Despertados. Un dolor de cabeza punzante parecía golpearle el cráneo y la luz era tan cegadora que incluso deseó tener un par de gafas de sol al alcance.

—Sí, el «qué» es mejor pregunta —respondió Nicolas con aire severo.

El Alquimista alzó un dedo para señalar el reloj, aparentando así estar hablando acerca de él.

—No estoy seguro de qué ronda por aquí —admitió—. Pero se trata de algo ancestral. Lo sentí en cuanto me apeé del tren.

—¿Lo sentiste? —preguntó Josh desorientado. Cada segundo que pasaba se sentía más confundido. No se había encontrado tan mal desde que en el desierto de Mojave le dio una insolación.

—Tan sólo un leve hormigueo. Mi aura reaccionó a la presencia del aura de quién sea, o qué sea que está aquí. Cuando tengáis más control sobre vuestras propias auras, seréis capaces de notar lo mismo.

Alzando ligeramente la barbilla, como si admirara la bóveda compuesta de vidrio y metal, Sophie se giró lentamente. Multitud de personas serpenteaban a su alrededor. La mayoría parecían ser ciudadanos londinenses que tomaban el tren diariamente para desplazarse hacia su lugar de trabajo, aunque también distinguió a numerosos turistas. Varios de ellos se detenían frente a la estatua conocida como «El punto de encuentro» para hacerse una fotografía o posaban con el reloj como telón de fondo. No había nadie que prestara especial atención a ella o a sus compañeros.

—¿Qué haremos? —preguntó Josh a medida que una sensación de pánico se apoderaba de él—. Puedo estimular los poderes de Sophie —tartamudeó—, tal y como hice en París...

—No —interrumpió Flamel con aire cortante mientras agarraba el brazo de Josh con extrema fuerza—. A partir de ahora, sólo debes utilizar tus poderes como último recurso. En el momento en que actives tu aura estarás llamando la atención de cada Inmemorial, cada ser de la Última Generación y cada inmortal que haya a quince kilómetros a la redonda. Y aquí, en Inglaterra, todos y

cada uno de ellos están aliados con los Oscuros Inmemoriales. Además, también en estas tierras pueden despertar a otras criaturas; criaturas que, preferiblemente, es mejor no molestar.

—Pero tú has dicho que nos están siguiendo —protestó Sophie—. Eso significa que Dee ya sabe dónde estamos.

Flamel condujo a los mellizos hacia la izquierda, alejándose así de la estatua y apresurándolos a que se dirigieran hacia la salida.

—Imagino que dispone de observadores en cada aeropuerto, en cada puerto marítimo y en cada estación ferroviaria de toda Europa. Seguramente Dee sospecha que hemos viajado hasta Londres, pero en el momento en que cualquiera de vosotros active su aura, ya no le cabrá ninguna duda.

18

—¿Y qué haremos entonces? —inquirió Josh mientras se giraba para mirar a Flamel. Bajo las cegadoras luces de la estación, las nuevas arrugas que habían aparecido en la frente y alrededor de los ojos del Alquimista parecían más pronunciadas y profundas.

Flamel se encogió de hombros.

—Quién sabe lo que es capaz de hacer. Está desesperado, y los hombres desesperados hacen cosas terribles. Recordad cuando estaba en lo más alto de Notre Dame. Estaba dispuesto a destruir el antiguo monumento sólo para deteneros... estaba dispuesto a acabar con vuestras vidas para evitar que huyerais de París.

Josh sacudió la cabeza, mostrando así confusión.

—Pero eso es lo que no entiendo. Creía que él nos quería vivos.

Flamel emitió un suspiro.

—Dee es un nigromante. La nigromancia es un arte repugnante y horrible que implica activar, de forma artificial, el aura de un cuerpo muerto para resucitarlo.

Al pensarlo, Josh sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Estás diciendo que nos habría matado para después devolvernos la vida?

—Sí. Como último recurso —comentó Flamel en el mismo instante que alargaba el brazo para apretar gentilmente el hombro de Josh—. Créeme, es una existencia terrible; es vivir en plena oscuridad y sombras. Y recuerda que Dee fue testigo de lo que tú hiciste, así que ahora puede presentir lo que eres capaz de hacer. Si tenía dudas sobre si eráis los legendarios mellizos, en este momento ya se han disipado. Él tiene que conseguirlos: os necesita.

El Alquimista le dio un par de palmaditas en el pecho. Se escuchó el crujir del papel. Bajo su camiseta, en una bolsa de tela que llevaba colgada al cuello, Josh escondía las dos páginas que había conseguido arrancar del Códex.

—Y, sobre todas las cosas, necesita estas páginas.

El grupo siguió las señales que indicaban la salida de la estación a la calle Euston. Les arrastraba una avalancha de londinenses que seguían su misma dirección.

—Pensé que habías dicho que alguien nos recogería —recordó Sophie mirando a su alrededor.

—Saint-Germain me dijo que intentaría contactar con un viejo amigo —murmuró Flamel—. Quizá no ha podido ponerse en contacto con él.

Salieron de la vistosa estación de ladrillo rojo, donde convergía la calle Euston, y se detuvieron repentinamente. Cuando abandonaron la capital francesa la temperatura rondaba los 17° C, pero en Londres la sensación era

como mínimo de diez grados menos y, además, llovía a cántaros. El viento que recorría la calle era tan frío que los mellizos empezaron a tiritar. Dieron media vuelta y buscaron cobijo en la entrada de la estación.

Fue en ese instante cuando Sophie lo vio.

—Un joven con un abrigo verde y con la capucha puesta —informó de forma inesperada mientras se giraba hacia Nicolas y se concentraba enormemente en su mirada pálida. Sabía que si desviaba la mirada hacia otro sitio, involuntariamente, echaría un fugaz vistazo al joven que les había estado siguiendo. Aún podía verlo por el rabillo del ojo. Merodeaba alrededor de una columna y no dejaba de observar el teléfono móvil que tenía en la mano mientras jugueteaba con él. Había algo raro en aquel joven, en su forma de estar de pie. Algo artificial. En ese mismo instante le pareció percibir una tenue esencia en el aire que rápidamente relacionó con carne podrida. Arrugó la nariz. Cerró los ojos y concentró toda su atención en aquel particular olor—. Huele a algo putrefacto, como echado a perder.

La sonrisa que se había formado en el rostro del Alquimista se torció.

—¿Lleva una capucha? Así que es él quién nos ha estado siguiendo.

Los mellizos apreciaron un temblor en su voz.

—Pero no es un chico, ¿verdad? —preguntó Sophie. Nicolas negó con la cabeza.

—Ni siquiera se acerca.

Josh inspiró profundamente.

—Está bien, ¿sabes que ahora hay dos personas más que llevan abrigos verdes con capucha y que ambos están corriendo hacia aquí?

—¿Tres? —murmuró Flamel aterrorizado—. Tenemos que irnos.

Agarrando a los mellizos por el brazo, los arrastró hacia el exterior de la estación, donde seguía diluviando, torció a mano derecha y los condujo hacia la calle.

La lluvia era tan fría que incluso Josh se quedó sin respiración; las gotas podían confundirse con perdigones helados que se incrustaban en su rostro. Finalmente, Flamel guio a los mellizos hacia un callejón donde podían refugiarse del aguacero. Josh intentó recuperar el aliento. Se apartó el cabello de la cara y miró directamente al Alquimista.

—¿Quiénes son? —inquirió.

—Los Encapuchados —contestó el Alquimista con tono amargo—. Dee debe de estar desesperado. Y debe de ser más poderoso de lo que creía si realmente puede darles órdenes. Son los Genii Cucullati.

—Genial —comentó Josh—. Con esa información ya me ha quedado claro —dijo. Después se giró hacia su hermana y añadió—: ¿Alguna vez has oído...? —empezó. Pero al contemplar la expresión de su hermana se detuvo y exclamó—: ¡Sabes quiénes son!

Sophie se estremeció cuando los recuerdos de la Bruja de Endor empezaron a parpadear en los rincones de su consciencia. Sintió una acidez en la garganta y un retortijón en el estómago. La Bruja de Endor había conocido a los Genii Cucullati y los despreciaba. Sophie se giró hacia su hermano y le respondió.

—Se alimentan de carne humana.

## Capítulo 2



22

Las calles estaban completamente vacías porque la borrasca había conducido a la mayoría de viandantes al interior de la estación o a las tiendas más cercanas. El tráfico de la calle Euston se había paralizado por completo mientras los limpiaparabrisas batían incansablemente. Se escuchaban las estridentes bocinas de los coches e incluso una alarma antirrobo de un automóvil comenzó a bramar.

—No os separéis de mí —ordenó Nicolas.

Dio media vuelta y salió disparado hacia la calle, inmiscuyéndose entre el tráfico parado. Sophie le siguió de cerca. Josh se detuvo antes de bajar de la acera y echó la vista atrás para observar la estación. Las tres siluetas se habían reunido en la entrada, y sus rostros y cabezas estaban cubiertos por las capuchas de sus abrigos. A medida que la lluvia teñía sus abrigos de un verde oscuro Josh habría jurado que, durante un segundo, parecían ir ataviados con capas verdes. Sintió un estremecimiento, pero esta vez el frío provenía de algún otro lugar, no del gélido aguacero. Entonces se giró y salió como una flecha hacia la calle.

Con la cabeza ligeramente inclinada, Nicolas condujo a los mellizos entre un par de vehículos.

—Daos prisa. Si podemos distanciarnos lo suficiente de ellos, los olores del tráfico y la lluvia disiparán nuestras esencias.

Sophie miró por encima del hombro. El trío de encapuchados había abandonado el refugio de la estación y se acercaba estrepitosamente hacia ellos.

—Están muy cerca —resolló con un tono de voz alarmante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Josh.

—No tengo ni idea —confesó Flamel con voz severa mientras clavaba la mirada en el otro extremo de la calle—, pero si nos quedamos aquí estamos muertos. O, al menos, yo —añadió con una sonrisa seca—. Dee intentará conseguiros con vida, de eso no me cabe la menor duda.

Flamel miró a su alrededor y distinguió un callejón a mano izquierda. Les hizo señas a los mellizos, indicándoles así que le siguieran.

—Por aquí. Intentaremos perderlos.

—Ojalá Scatty estuviera aquí —murmuró Josh al percatarse de la magnitud de su pérdida—. Hubiera podido enfrentarse a ellos.

La estrecha callejuela, rodeada de edificios altísimos, estaba seca. Tres contenedores de basura de plástico, de color azul, verde y marrón respectivamente, estaban alineados en una pared mientras los restos de un palé de madera y bolsas de basura de plástico se amontonaban en la otra. El hedor era repugnante y un gato de pelaje salvaje permanecía sentado sobre una de las bolsas, rasgándola metódicamente con las uñas. Ni siquiera el gato se molestó en girarse cuando Flamel y los mellizos pasaron corriendo frente a él. Una décima de segundo más tarde,

cuando las tres siluetas encapuchadas se adentraron en el callejón, el felino arqueó la espalda, el pelo se le erizó y desapareció entre las sombras.

—¿Tienes idea de hacia dónde vamos por aquí? —demandó Josh mientras pasaban a toda velocidad junto a una serie de puertas que, evidentemente, correspondían a las entradas traseras de los negocios de la calle principal.

—Ni idea —admitió Flamel—, pero mientras nos aleje de los Encapuchados, no importa.

Sophie echó la vista atrás.

—No les veo —anunció—. Quizá los hemos perdido.

Arrastró a Nicolas hacia una esquina para poder adelantarse y detenerle de forma repentina. Entonces Josh giró la esquina, ignorando así que sus dos compañeros se habían parado.

24 —Seguid corriendo —jadeó a la vez que apartaba a la pareja para tomar él mismo la iniciativa. Y fue entonces cuando se percató de que Nicolas y Sophie se habían quedado inmóviles: en el fondo del callejón se alzaba un muro de ladrillo rojo cubierto de un alambre tipo concertina.

El Alquimista dio media vuelta y posó el dedo índice sobre sus labios.

—Ni un ruido. Quizás hayan pasado de largo, ignorando el callejón...

Una ráfaga de lluvia fría roció el suelo de la callejuela. De repente, el ambiente se cubrió de un hedor rancio muy peculiar: se trataba de la nauseabunda esencia que desprende la carne podrida.

—O quizá no —añadió a medida que los tres Genii Cucullati doblaban la esquina silenciosamente. Nicolas apartó a los mellizos, colocándolos tras él. Sin embargo,

Josh y Sophie tomaron posiciones de inmediato y se dispusieron uno a cada lado. De forma instintiva, Sophie se situó a la derecha y Josh a la izquierda de Flamel.

—Retroceded —dijo Flamel.

—No —replicó Josh.

—No permitiremos que te enfrentes a estos tres tú solo —añadió Sophie.

Los Encapuchados avanzaron; después se colocaron de tal forma que bloqueaban el callejón y, finalmente, se detuvieron. Adoptaron una postura rígida poco natural y sus rostros aún seguían escondidos tras las gigantescas capuchas.

—¿A qué están esperando? —murmuró Josh en un susurro apenas perceptible. Había algo en la forma en que las siluetas estaban de pie, en la forma en que se sostenían, que insinuaba que se trataba de animales. Josh había visto un documental en el *National Geographic* en el que un caimán esperaba pacientemente a orillas del río a que pasara un ciervo. El caimán también parecía estar petrificado hasta que empezaba la acción.

25

De pronto, se escuchó el crujir de la madera. En el tranquilo callejón, el chasquido produjo todo un estruendo. Seguidamente se escuchó el sonido de lo que parecía ropa rasgándose.

—Están cambiando —anunció Sophie.

Tras los abrigo verdes, los músculos se tensaron y vibraron, las espaldas de las criaturas se arquearon y las manos que ahora sobresalían de las mangas estaban cubiertas de pelaje espeso y de garras afiladas.

—¿Lobos? —preguntó Josh con tono tembloroso.

—Más osos que lobos —respondió Nicolas en voz baja mientras rastreaba el callejón entornando los ojos—.

Aunque más glotones que los osos —añadió en el mismo instante en que en el ambiente se advirtió un leve aroma a vainilla.

—Pero no suponen amenaza alguna para nosotros —irrumpió Sophie. De repente, había adoptado una postura más recta y erguida. Alzando la mano derecha, la joven apretó el círculo dorado tatuado en su muñeca izquierda.

—No —dijo Nicolas bruscamente, y alcanzó el brazo de la joven para detenerla—. Ya os he avisado; no podéis utilizar vuestros poderes en esta ciudad. Vuestras auras son inconfundibles.

Sophie sacudió la cabeza mostrando así su indignación.

—Sé lo que son esas cosas —comentó con tono firme. Pero un segundo más tarde, la voz se le quebró—: Sé lo que hacen. No esperes que nos quedemos de brazos cruzados mientras esas cosas te devoran. Déjame que me ocupe de ellas, puedo hacerles papilla.

Ante tal idea, su cólera rápidamente se convirtió en entusiasmo. Sophie esbozó una sonrisa. Durante un momento, sus ojos azules resplandecieron con destellos plateados y el rostro se le tornó más anguloso y mordaz, lo cual le otorgaba un aspecto mayor al de una adolescente de quince años.

La sonrisa del Alquimista era lúgubre y severa.

—Podrías hacerlo. Y no me cabe la menor duda de que no llegaremos muy lejos antes de que algo mucho más letal que estas criaturas nos atrape. No tienes ni idea de lo que merodea por estas calles, Sophie. Yo me ocuparé de esto —insistió—. No estoy completamente indefenso.

—Están a punto de atacar —informó Josh con urgencia. Había interpretado el lenguaje corporal de las criatu-

ras mientras observaba cómo se movían siguiendo un patrón de ataque. En algún rincón de su mente, Josh se preguntó cómo podía saber eso—. Si vas a hacer algo, debes hacerlo ya.

Los Genii Cucullati se habían desplegado y cada uno de ellos había tomado una posición ante Flamel y los mellizos. Las criaturas estaban encorvadas hacia delante, con la espalda arqueada, y los abrigos verdes les apretaban el pecho, de forma que los músculos y los hombros parecían estar a punto de explotarles. Entre las sombras de sus capuchas, unos ojos de color azul negruzco brillaban sobre una dentadura irregular. Se comunicaban entre ellos con lo que, aparentemente, parecían gemidos y aullidos.

Nicolas se arremangó la chaqueta de cuero, dejando así al descubierto el brazalete de plata y las dos pulseras de hilos multicolores que adornaban su muñeca derecha. Se quitó una de las pulseras de hilo, la enrolló con las palmas de la mano, acercó los labios y sopló.

27

Sophie y Josh contemplaban al Alquimista mientras éste lanzaba una bola diminuta al suelo, justo a los pies de los Encapuchados. Fueron testigos de cómo los hilos irisados se sumergían en un charco de barro que se aposentaba exactamente delante de la criatura más grande y se preparaban para explotar. Incluso las aterradoras criaturas retrocedieron unos pasos del diminuto charco, deslizando las garras sobre el pavimento.

No sucedió nada.

El sonido que todos advirtieron, que podría ser una carcajada, parecía salir de la mayor de las criaturas.

—Propongo que luchemos —dijo Josh con tono desafiante.

Sin embargo, se sentía un tanto conmocionado por el

fracaso del Alquimista. Había observado a Flamel lanzar arpones de energía pura, le había visto crear un bosque a partir de un suelo de madera; esperaba algo mucho más espectacular. Josh desvió la mirada hacia su hermana. Enseguida supo que ambos estaban pensando exactamente lo mismo. En el estado de Flamel, mucho más debilitado y envejecido, sus poderes se desvanecían. Josh asintió ligeramente con la cabeza y Sophie respondió ladeando la suya y doblando los dedos.

—Nicolas, tú mismo viste lo que hicimos con las gárgolas —continuó Josh mostrando seguridad y confianza en sus propios poderes y los de Sophie—. Juntos, Sophie y yo podemos enfrentarnos a quien sea... y a lo que sea.

28 —La frontera entre la confianza y la arrogancia es muy delgada, Josh —respondió Flamel en voz baja—. Y la frontera entre la arrogancia y la estupidez aún más. Sophie —añadió sin tan siquiera mirarla—, si utilizas tu poder, nos estarás condenando a muerte.

Josh negó con la cabeza. Le indignaba la evidente flaqueza de Flamel. Alejándose unos pasos de él, el joven se quitó la mochila y la abrió. Sujeto en uno de los costados de la mochila había un tubo de cartón, el típico que se utiliza para guardar carteles o mapas enrollados. Arrancó la tapa de plástico blanco que protegía el tubo, introdujo la mano, agarró el objeto envuelto en plástico de burbujas y lo extrajo.

—¿Nicolas...? —empezó Sophie.

—Paciencia —murmuró Flamel—, paciencia...

El mayor de los Encapuchados posó sus cuatro patas sobre el suelo y dio un paso hacia delante, chasqueando las garras afiladas y mugrientas en el suelo.

—Me has sido entregado —anunció la bestia con una

voz que, sorprendentemente, era aguda, casi como la de un niño.

—Dee es muy peligroso —respondió Flamel sin alterar la voz—, aunque me sorprende que los Genii Cucullati se dignen a trabajar bajo las órdenes de un humano.

La criatura dio otro paso hacia delante, acercándose así a Nicolas y los hermanos Newman.

—Dee no es un humano normal y corriente. El Mago inmortal es peligroso, pero está bajo la protección de un maestro infinitamente más peligroso que él.

—Quizá deberías tenerme miedo a mí —sugirió Flamel esbozando una tímida sonrisa—. Soy mayor que Dee y no tengo ningún maestro que me proteja, ¡ni nunca lo he necesitado!

La criatura escupió un par de carcajadas y, de repente, sin previo aviso, se abalanzó sobre la garganta de Flamel.

El filo de una espada de piedra siseó en el aire, realizando un corte limpio a través de la capucha del abrigo, rasgando así un pedazo de tela verde. La bestia aulló y su cuerpo entero se retorció, contrayéndose para alejarse de la espada que amenazaba otra vez con arrancarle la parte frontal del abrigo. Finalmente, el arma le arrebató todos y cada uno de los botones y dejó completamente destrozada la cremallera.

Josh Newman se posicionó delante de Nicolas Flamel. Estaba empuñando con ambas manos la espada de piedra que había extraído del tubo de cartón.

—No sé quién eres, o qué eres —dijo con la mandíbula apretada. Tenía la voz temblorosa por la adrenalina y el esfuerzo que debía realizar para sujetar con firmeza la espada—. Pero supongo que tú sí debes de saber qué es esto.

La bestia se alejó sin apartar su mirada azul negruzca de la espada grisácea. La capucha había quedado hecha trizas y unos retales colgaban de sus hombros, lo cual dejaba completamente al descubierto su cabeza. Josh enseguida se dio cuenta de que los rasgos de su rostro no tenían nada de humano, pero aquella bestia era extraordinariamente bella. El joven esperaba ver un monstruo; sin embargo descubrió una cabeza increíblemente pequeña, unos gigantescos ojos azabache hundidos en un caballete estrecho y unos pómulos marcados y agudos. Tenía una nariz recta y unas aletas que, en ese instante, parecían echar humo. La boca era un corte horizontal; la bestia la tenía ligeramente abierta, de forma que Josh pudo vislumbrar una dentadura deforme de color amarillento y negruzco.

30 Josh echó un fugaz vistazo a derecha e izquierda, donde se hallaban las otras dos criaturas. También tenían su mirada fija en la espada de piedra.

—Es *Clarent* —informó con voz suave—. Me enfrenté a Nidhogg en París con este arma y he visto lo que puede hacer a los de vuestra especie.

Movió ligeramente la espada y notó un leve hormigueo mientras sentía la empuñadura ardiendo entre sus manos.

—Dee no nos dijo nada de eso —anunció la criatura con su voz infantil. Entonces desvió su mirada hacia el Alquimista—. ¿Es cierto?

—Sí —contestó Flamel.

—Nidhogg —gargajeó la criatura, como si escupiera la palabra—. ¿Y qué ocurrió con el legendario Devorador de Cadáveres?

—Nidhogg está muerto —respondió Flamel sucintamente—, derrotado por *Clarent*. —Dio un paso hacia de-

lante y posó su mano izquierda sobre el hombro de Josh—. Josh acabó con él.

—¿Vencido por un humano? —dijo con tono incrédulo.

—Dee os ha utilizado, os ha traicionado. No os contó que teníamos la espada. ¿Qué más no os ha contado? ¿Mencionó el destino de las Dísir en París? ¿Os ha dicho algo sobre el Dios Durmiente?

Las tres criaturas se deslizaron unos metros hacia atrás mientras conversaban en su propia lengua, una mezcla de gemidos y aullidos; entonces, la mayor de ellas se giró para contemplar a Josh una vez más. Una lengua bailoteó en el aire.

—Ese tipo de cosas son de poca trascendencia. Ante mí veo a un chico humano atemorizado. Incluso puedo escuchar cómo se tensan sus músculos al intentar con todo su esfuerzo sujetar la espada con firmeza. Puedo saborear su miedo en el aire.

31

—Y sin embargo, pese al temor que percibes, el joven te atacó —replicó Flamel sin alterar la voz—. ¿Qué te sugiere eso?

La criatura se encogió de hombros de una forma extraña.

—Que o bien es un estúpido o un héroe.

—Y los de tu especie siempre habéis sido vulnerables a ambos —objetó Flamel.

—Tienes razón, pero ya no quedan héroes en el mundo. Ninguno que ose atacarnos. Los humanos ya no creen en los de nuestra especie. Y eso nos hace invisibles... e invencibles.

Josh gruñó y alzó la espada de piedra.

—No a *Clarent*.

La criatura ladeó ligeramente la cabeza y después asintió.

—No a la Espada del Cobarde, eso es verdad. Pero nosotros somos tres y somos rápidos, muy rápidos —añadió con una amplia sonrisa que dejó al descubierto su irregular dentadura—. Creo que puedo vencerte, jovencito; creo que puedo arrebatarte la espada de las manos sin que tú ni siquiera...

32 Unos instintos que Josh desconocía poseer le advirtieron de que la criatura se disponía a atacar en el preciso instante que dejó su discurso incompleto. Todo se acabaría. Sin pensarlo, realizó un movimiento de estocada que Juana de Arco le había enseñado. La espada emitió un zumbido cuando la punta se clavó en la garganta del monstruo. Josh sabía que todo lo que tenía que hacer era arañar a la bestia con la espada: un sencillo corte había acabado con la vida de Nidhogg.

Soltando una carcajada, la criatura se alejó dando saltos, colocándose así fuera del alcance de Josh.

—Muy lento, humano, muy lento. He visto cómo tus nudillos se tensionaban y palidecían un segundo antes de que arremetieras contra mí.

En ese instante, Josh supo que habían perdido. Sencillamente, los Genii Cucullati eran demasiado veloces.

No obstante, por encima de su hombro izquierdo, escuchó a Flamel riéndose entre dientes.

Josh miró fijamente a la criatura. Sabía que lo último que debía hacer era girarse, pero no podía evitar preguntarse qué era lo que divertía al Alquimista, quien contemplaba fijamente al Encapuchado. Pero no se produjo ningún cambio... excepto que, al alejarse, el monstruo posó un pie sobre el charco de agua mugrienta.

—¿El miedo te ha enloquecido, Alquimista? —preguntó la criatura.

—Debes de conocer a la Inmemorial Iris, la hija de Electra —comentó Flamel como si quisiera entablar una conversación. Enseguida, se colocó junto a Josh. El rostro del Alquimista se había tornado inexpresivo, misterioso; ahora, sus labios conformaban una delgada línea y sus ojos pálidos, casi cerrados, se podían confundir con un par de rendijas.

La criatura abrió sus ojos azul pardusco de par en par, mostrando así su horror. Y miró hacia abajo.

El agua mugrienta se retorció alrededor de los pies de la bestia y, sin que nadie lo esperara, explotó en un arcoíris de colores por donde fluían los hilos multicolor de la pulsera de Flamel. El Genii Cucullati trató de alejarse de un salto, pero las dos pezuñas delanteras estaban adheridas al charco.

33

—Libérame, humano —chilló con su particular voz infantil, pero esta vez también se intuyó el terror.

El Encapuchado intentó frenéticamente despegarse del lodo. Hundió las zarpas para poder tener un punto de apoyo y desengancharse, pero una de sus patas traseras rozó el borde del charco y la criatura aulló una vez más. Retiró la pata que había posado en la orilla con tal fuerza que se arrancó una de sus afiladas garras. La bestia gimió y sus dos compañeras salieron como un rayo para agarrarle, para intentar sacarlo de ese líquido multicolor.

—Hace unas cuantas décadas —continuó Flamel—, Perenelle y yo rescatamos a Iris de sus hermanas y, a cambio, me regaló estas pulseras. Vi cómo las tejía de su propia aura tornasolada. Me dijo que un día le darían color a mi vida.

Unas espirales serpenteantes de todos los colores empezaron a trepar por la pierna del Genii Cucullati. Las garras negras se tiñeron de verde y después de rojo; posteriormente, su pelaje cochambroso color púrpura se tornó de un violeta resplandeciente.

—Morirás por esto —gruñó la criatura con una mirada impregnada de horror.

—Moriré algún día —reconoció Flamel—, pero no hoy, y no en tus manos.

—¡Espera a que se lo diga a Madre!

—Díselo.

34 Y entonces se produjo una pequeña explosión, como una burbuja al reventarse, y, de repente, un arcoíris de todos los colores surgió del cuerpo del monstruo, bañándolo así de luz. Allá donde las otras dos bestias sujetaban a su hermano, el color se extendió por sus garras, cubriéndoles la piel y manchando sus abrigos verdes con gotas multicolores. Como ocurre con el aceite y el agua, los colores se movían siguiendo patrones hipnotizadores que creaban formas extrañas e inverosímiles y matices incandescentes. Las criaturas formularon un terrible alarido, pero su llanto no fue duradero ya que sus cuerpos se desplomaron sobre una pila de basura amontonada en la acera. Mientras permanecían inmóviles sobre el suelo, el desorden de colores rápidamente se esfumó de su piel, devolviendo a sus abrigos su color verde habitual. Entonces sus cuerpos empezaron a cambiar: los huesos alteraron su forma y los músculos y los tendones volvieron a su estado normal. Cuando al fin el color hubo regresado al charco, las criaturas habían adoptado su apariencia humana.

La lluvia rociaba todo el callejón y la superficie del

charco multicolor parecía hacerse añicos con cada gota que caía. Durante un instante, un perfecto arcoíris en miniatura apareció sobre él y, cuando se desvaneció, el charco cobró su color anterior, marrón fangoso.

Flamel se agachó para recoger los restos de su pulsera de la amistad que habían quedado esparcidos por la calle. Los hilos entrelazados ahora eran de un color blancuzco, despojados de todo color. Se enderezó y miró por encima del hombro a los mellizos. El Alquimista esbozó una sonrisa.

—No estoy tan indefenso como parece. Jamás subestiméis a vuestro enemigo —les aconsejó—. Pero esta victoria te pertenece a ti, Josh. Nos has salvado, una vez más. Se está convirtiendo en una costumbre: Ojai, París y ahora aquí.

—No pensé que... —empezó Josh.

—Tú nunca piensas —interrumpió Sophie apretándole el brazo.

—Has actuado —añadió Flamel—. Eso es suficiente. Vamos, salgamos de aquí antes de que los descubran.

—¿No están muertos? —preguntó Sophie mientras pasaba al lado de las criaturas.

Rápidamente, Josh envolvió a *Clarent* con el plástico de burbujas y la guardó en el tubo de cartón. Después, introdujo el tubo en la mochila que enseguida se colocó sobre los hombros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el joven—. Me refiero al agua. ¿Qué era eso?

—Un regalo de una Inmemorial —explicó Flamel mientras corría apresuradamente por el callejón—. Iris también es conocida bajo el nombre de la Diosa del Arcoíris, que debe a su aura multicolor. Ella también tiene ac-

ceso a los Mundos de Sombras Acuáticos del río Éstige —finalizó con tono triunfante.

—¿Y eso qué significa? —demandó Josh.

La sonrisa de Flamel era salvaje.

—Los vivos no pueden rozar las aguas del Éstige. La sacudida sobrecarga sus sistemas y los deja completamente inconscientes.

—¿Durante cuánto tiempo? —inquirió Sophie mientras contemplaba lo que parecía un montón de ropa apilada en mitad del callejón.

—Según las leyendas... un año y un día.

## Capítulo 3



La luz del atardecer bañaba el inmenso salón. Los rayos de sol dorados rozaban las paredes de madera tallada y el suelo recién encerado. La armadura colocada en la esquina destellaba toques de luz a la vez que recibía centelleos de color que emitían unas cajitas de colección de monedas que abarcaban más de dos milenios de historia. Una de las paredes estaba recubierta de máscaras y cascos de cada siglo y continente, con sus cuencas vacías y oscuras mirando hacia abajo. Las máscaras rodeaban una pintura al óleo de Santi di Tito que había sido robada hacía siglos del Palazzo Vecchio de Florencia. El cuadro que ahora estaba en la ciudad italiana era una falsificación perfecta. En el centro de la sala se hallaba una gigantesca mesa que antaño había pertenecido a la estirpe de los Borgia. Dieciocho sillas antiguas de respaldo alto estaban colocadas alrededor de la mesa, por la que el tiempo no había pasado en vano. Sólo dos de ellas estaban ocupadas y sobre la mesa no había nada más que un enorme teléfono negro, que parecía estar fuera de lugar en esa sala repleta de antigüedades.

37

El doctor John Dee estaba sentado a un lado de la mesa. Dee era un inglés pulcro, con la tez pálida y mirada grisácea. Lucía un traje de tres piezas de color gris ma-

rengo hecho a medida. El único toque de color lo otorgaban las diminutas coronas doradas que adornaban su corbata gris. Generalmente se recogía la cabellera metalizada en una coleta, pero ahora la llevaba suelta, caída sobre sus hombros, casi rozándole la barba triangular. Descansaba las manos, abrigadas con unos guantes oscuros, sobre la mesa de madera.

38 Nicolás Maquiavelo estaba sentado enfrente de John Dee. Las diferencias físicas entre ambos hombres eran asombrosas. Si bien Dee era bajito y pálido, Maquiavelo era de constitución alta y tenía la piel bronceada. Sin embargo había un rasgo que ambos compartían: una mirada grisácea y fría. Maquiavelo prefería mantener corto su cabello blanco y siempre parecía estar recién afeitado. Sus gustos solían tender hacia un estilo elegante. No cabía la menor duda de que el traje negro y la camisa de seda blanca que lucía estaban hechos a medida, y la corbata carmesí estaba tejida con hilo de oro puro. Tras él, colgado en la pared, se apreciaba su propio retrato. En el cuadro parecía un poco más joven que ahora, pese a que había sido pintado hacía más de quinientos años. Nicolás Maquiavelo había nacido en 1469. Técnicamente era cincuenta y ocho años mayor que el mago inglés. De hecho, había «muerto» el mismo año en que Dee había llegado a este mundo, en 1527. Ambos hombres eran inmortales y dos de las figuras más poderosas sobre la faz de la tierra. A lo largo de los siglos de sus largas vidas, los dos inmortales habían aprendido a detestarse el uno al otro, aunque ahora las circunstancias les exigían ser aliados.

Los dos hombres habían estado sentados en el salón de la majestuosa residencia de Maquiavelo, con vistas a la Plaza de Canadá, durante los últimos treinta minutos. En

todo ese tiempo ninguno había pronunciado palabra. Los dos habían recibido el mismo mensaje en sus respectivos teléfonos móviles: la imagen de un gusano engullendo su propia cola formando así un círculo, el Uróboros, uno de los símbolos más ancestrales de los Oscuros Inmemoriales. En el centro del círculo aparecía el número treinta. Hace varios años hubieran recibido la misma imagen por fax o por correo; hace décadas, por telegrama o mensajero, y aún más tiempo atrás mediante trozos de papel o pergamino, con lo cual hubieran dispuesto de horas o días para prepararse para una reunión. Hoy en día, las imágenes llegaban a través del teléfono y la respuesta se medía en minutos.

Aunque estaban esperando una llamada, ninguno de los dos pudo evitar sobresaltarse cuando el manos libres ubicado en el centro de la mesa vibró. Maquiavelo se inclinó ligeramente sobre el teléfono para comprobar el identificador de llamadas antes de contestar. En la pantalla aparecía un número larguísimo, lo cual era poco habitual, que comenzaba por 31415. El italiano enseguida reconoció que se trataba del inicio del número pi. Cuando pulsó el botón para contestar la llamada, se produjeron unas interferencias que rápidamente se desvanecieron para transformarse en un susurro suave como una brisa.

—Estamos decepcionados.

La voz al otro lado del interfono hablaba en un latín arcaico que se había utilizado por última vez siglos antes de la época de Julio César.

—Muy decepcionados.

Resultaba imposible determinar si la voz pertenecía a un ser masculino o femenino. Incluso a veces parecía que se tratara de dos personas hablando al unísono.

Maquiavelo estaba sorprendido; había imaginado que escucharía la voz rasposa de su maestro, también un Oscuro Inmemorial. Era la primera vez que oía esa voz, pero no era la primera vez para Dee. Aunque el rostro del Mago permaneció impassible, el italiano contempló cómo los músculos de la mandíbula se le tensaron casi imperceptiblemente. Así pues, se trataba del misterioso Oscuro Inmemorial que protegía a Dee.

—Nos aseguraron que todo estaba preparado... nos aseguraron que Flamel sería capturado y asesinado... nos aseguraron que Perenelle sería liquidada y que los mellizos serían apresados y entregados a nosotros... —De repente unas interferencias interrumpieron durante unos segundos la comunicación—. Y sin embargo Flamel sigue libre... Perenelle ya no está encerrada en una celda, aunque sigue atrapada en la isla. Los mellizos han escapado. Y todavía no tenemos en nuestras manos el Códex completo. Estamos decepcionados —repitió la incorpórea voz.

Dee y Maquiavelo se cruzaron las miradas. La gente que decepcionaba a los Oscuros Inmemoriales tendía a desaparecer. Un maestro Inmemorial tenía el poder de conceder la inmortalidad a los seres humanos, pero era un don que podía ser retirado con un sencillo roce. Dependiendo del tiempo que el humano había sido inmortal, un envejecimiento repentino, y a menudo catastrófico, le recorría el cuerpo. Los siglos envejecían y destruían la carne y los órganos. En cuestión de segundos, un humano de aspecto saludable podía reducirse a un montón de piel correosa y huesos deshechos.

—Nos habéis fallado —susurraron las voces.

Ninguno de los dos hombres rompió el consiguiente silencio, ya que ambos eran conscientes de que sus largas

vidas pendían de un hilo. Tanto Dee como Maquiavelo eran hombres poderosos e importantes, pero ninguno era irremplazable. Los Oscuros Inmemoriales disponían de otros agentes humanos que podían enviar tras los pasos de Flamel y los mellizos. Muchos otros.

Una vez más se produjeron interferencias en la línea telefónica. De pronto, se escuchó una nueva voz.

—Y, sin embargo, permitidme que os sugiera que no todo está perdido.

Después de tantos siglos de práctica, Maquiavelo permaneció inexpresivo. Ésta era la voz que había estado esperando, la voz de su maestro Inmemorial, un personaje que, durante un periodo breve de tiempo, había gobernado Egipto hacía más de tres mil años.

—Permitidme que sugiera que estamos más cerca ahora que nunca. Tenemos motivos para la esperanza. Hemos confirmado que los niños humanos son, en realidad, los mellizos de la leyenda; hemos visto una pequeña demostración de sus poderes. El maldito Alquimista y su Hechicera están atrapados y muriéndose poco a poco. Todo lo que tenemos que hacer es esperar. Y el tiempo, nuestro gran aliado, se ocupará de ellos por nosotros. Scathach ha desaparecido del mapa y Hécate ha sido destruida. Y tenemos el Códex.

41

—Pero no completo —murmuró la voz masculina y femenina—. Aún nos faltan las dos últimas páginas.

—De acuerdo. Pero es mucho más de lo que jamás habíamos conseguido. Poseemos la información suficiente para iniciar el proceso de retorno de los Inmemoriales desde los Mundos de Sombras más lejanos.

Maquiavelo frunció el ceño en un intento de concentrar su atención. Según se creía, el maestro Inmemorial

de Dee era de los más poderosos entre todos los Inmemoriales y, sin embargo, su propio maestro estaba debatiendo y discutiendo con él, o ella. La línea telefónica crujió y la voz masculina y femenina volvió a sonar, aunque esta vez con tono malhumorado.

—Pero necesitamos las páginas de la Evocación Final. Sin ellas, nuestros hermanos y hermanas no podrán dar el último paso desde sus Mundos de Sombras hasta este mundo.

El maestro de Maquiavelo respondió sin alterar su tono de voz.

—Deberíamos empezar a reunir nuestros ejércitos. Algunos de nuestros hermanos se han aventurado más allá de los Mundos de Sombras y se han sumergido en Otros Mundos. Tardarán muchos días en regresar. Tenemos que avisarles ahora, conducirles a los Mundos de Sombras que rodean esta tierra de forma que, cuando llegue el momento, un único paso les traiga a este mundo y podamos unirnos para reclamar este planeta.

Maquiavelo miró a Dee. El Mago inglés había ladeado ligeramente la cabeza y tenía los ojos entrecerrados mientras escuchaba a los Inmemoriales. Casi como si pudiera notar la mirada de Maquiavelo clavada en su rostro, Dee abrió los ojos y arqueó las cejas a modo de pregunta silenciosa. El italiano sacudió la cabeza; no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo.

—Ésta es la época que Abraham había vaticinado cuando creó el Códex —continuó el maestro de Maquiavelo—. Él poseía el don de la Visión, podía ver a través de las hebras del tiempo. Él fue quien pronosticó que este tiempo llegaría, y lo denominó el Tiempo del Retorno, cuando el orden se restablecería en el mundo. Hemos

descubierto a los mellizos y conocemos el paradero de Flamel y de las dos últimas páginas del Códex. Una vez tengamos en nuestro poder esas páginas, podremos utilizar los poderes de los mellizos para impulsar la Evocación final.

La línea telefónica volvió a crujiir a causa de una interferencia pero, de fondo, Maquiavelo pudo percibir un murmullo que expresaba asentimiento. Fue en ese instante cuando se percató de que había otros seres que escuchaban la conversación. Se preguntó cuántos Oscuros Inmemoriales se habían reunido. Tuvo que morderse el interior de la mejilla para evitar dibujar una sonrisa. Le divertía la imagen de los Inmemoriales reunidos, cada cual con su apariencia y aspecto inconfundible, algunos humanos e inhumanos, otros bestias y monstruos, escuchando atentamente el auricular de su teléfono móvil. El italiano escogió su momento cuando se produjo un silencio entre los susurros y pronunció sus palabras precavido, despojando toda emoción de su voz, manteniéndola neutral y profesional.

43

—Entonces, permítanme sugerirles que nos dejen completar nuestras tareas. Que podamos encontrar a Flamel y a los mellizos.

Sabía que había entrado en un juego muy peligroso, pero también sabía, y no se equivocaba, que había disensión en las filas de los Inmemoriales, y, desde siempre, él había sido todo un experto a la hora de manipular este tipo de situaciones. Había notado claramente la necesidad en la voz de su maestro. Los Inmemoriales querían desesperadamente el Códex y a los mellizos; sin ellos, el resto de los Oscuros Inmemoriales no podrían regresar a la tierra. Y en ese preciso instante reconoció que tanto él como Dee eran todavía un recurso muy valioso.

—El doctor y yo hemos ideado un plan —dijo. Después se quedó callado, a la espera de que mordieran el anzuelo.

—Habla, humano —retumbó la voz masculina y femenina.

Maquiavelo entrecruzó las manos sin mencionar una sola palabra. El inglés alzó las cejas bruscamente y señaló el teléfono. «Habla», articuló mudamente para que el italiano le leyera los labios.

—¡Habla! —gruñó la voz al mismo tiempo que cruzaban interferencias.

—Tú no eres mi maestro —respondió Maquiavelo en voz baja—. Tú no puedes darme órdenes.

44 Entonces se produjo un sonido sibilante, como si se tratara del vapor hirviente que indica que el agua de la tetera ya está lista. Maquiavelo acercó el oído al interfono con el fin de identificar tal ruido y asintió con la cabeza: eran risas. Los demás Inmemoriales se habían divertido con su respuesta. Había dado en el clavo, había disensión en las filas de los Inmemoriales y, aunque el maestro de Dee pudiera ser un todopoderoso, eso no significaba que fuera apreciado por los demás. Aquí se le presentaba una debilidad que el italiano podía aprovechar en beneficio propio.

Dee le miró fijamente. Sus ojos expresaban horror y, quizá, también admiración.

La comunicación telefónica chasqueó y el ruido de fondo cambió por completo. Fue entonces cuando habló el maestro de Maquiavelo con una voz que, sin lugar a dudas, desprendía divertimento.

—¿Qué propones? Y ten cuidado, humano —añadió—. Tú también nos has fallado. Nos aseguraron que Flamel y los mellizos no abandonarían París.

El italiano se inclinó hacia el teléfono con expresión triunfante.

—Maestro. Me ordenaron que no hiciera nada hasta que llegara el Mago inglés. Se perdió un tiempo muy valioso. De este modo, Flamel pudo contactar con sus aliados, encontrar refugio y descansar.

Maquiavelo observaba detenidamente a Dee mientras hablaba. Sabía que el inglés se había puesto en contacto con su maestro Inmemorial y que éste, a su vez, había ordenado al maestro de Maquiavelo que exigiera al italiano no mover un solo dedo hasta que llegara Dee.

—Sin embargo —continuó el italiano después de haber hecho tal ansiado comentario—, este retraso nos ha beneficiado. Un Inmemorial leal a nosotros ha Despertado los poderes del chico por nosotros. Podemos hacernos una ligera idea de sus poderes y sabemos que han logrado huir.

45

Apenas lograba esconder la satisfacción en su voz. Miró a Dee, sentado delante de él, y éste asintió. El Mago inglés había entendido la insinuación.

—Están en Londres —explicó John Dee—. Y Gran Bretaña, más que cualquier otra tierra del planeta, es nuestro país —enfaticó—. A diferencia de París, tenemos aliados allí: Inmemoriales, seres de la Última Generación, inmortales y sirvientes humanos que nos ayudarán. Y en Inglaterra hay otros, leales únicamente a nosotros, cuyos servicios podemos comprar. Podemos organizar todos estos recursos para buscar y capturar a Flamel y los mellizos —acabó. Un segundo después se inclinó hacia el teléfono, contemplándolo fijamente mientras esperaba una respuesta.

La línea telefónica emitió un chasquido y la llamada finalizó. La señal de ocupado llenó el silencio de la sala.

El Mago observó el teléfono con una mezcla de sorpresa e ira.

—¿Hemos perdido la conexión o sencillamente nos han colgado?

Maquiavelo pulsó el botón del manos libres, silenciando así el ruido.

—Ahora ya sabes cómo reacciono cuando tú me cuelgas el teléfono —replicó el italiano en tono tranquilo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dee.

—Esperar. Imagino que están discutiendo nuestro futuro.

Dee cruzó los brazos sobre su estrecho pecho.

—Nos necesitan —dijo mientras intentaba, sin éxito alguno, aparentar confianza.

La sonrisa del italiano fue amarga.

46 —Nos utilizan, pero no nos necesitan. Conozco al menos una docena de inmortales sólo en París que podrían hacer lo que yo hago.

—Bueno, sí, tú eres reemplazable —comentó Dee mientras encogía los hombros para mostrar complacencia—. Pero yo he pasado una vida entera persiguiendo a Nicolas y Perenelle.

—Querrás decir que has pasado una vida entera intentando, sin lograrlo una sola vez, capturarlos —objetó Maquiavelo manteniendo una voz neutral. Después, con una sonrisa maliciosa, añadió—: Has estado muy cerca, pero siempre lejos.

Justo en el momento en que Dee estaba a punto de protestar, el teléfono sonó.

—Ésta es nuestra decisión —anunció el Maestro Inmemorial de Dee con una voz discordante—: El Mago seguirá los pasos del Alquimista y de los mellizos en Ingla-

terra. Tus órdenes son claras: acaba con Flamel, captura a los mellizos y recupera las dos páginas del Códex. Utiliza todos los medios necesarios para alcanzar este objetivo; Tenemos aliados en Inglaterra que están en deuda con nosotros; ha llegado el momento de reclamar esas deudas. Y Doctor... si fracasas esta vez, te retiraremos temporalmente el don de la inmortalidad y permitiremos que tu cuerpo humano envejezca hasta el límite. Después, justo en el momento antes de morir, te haremos otra vez inmortal. —Se distinguió un ruido que bien podría ser una risita o una inspiración—. Piensa en cómo te sentirás: tu brillante mente atrapada en un cuerpo anciano y débil, incapaz de ver o escuchar claramente, incapaz de caminar o moverte, con constantes dolencias fruto de infinidad de enfermedades. Serás un anciano para siempre. Fállanos y éste será tu destino. Te aprisionaremos en este almacén para toda la eternidad.

47

Dee asintió con la cabeza, tragó saliva y, con toda la seguridad que pudo, musitó:

—No te fallaré.

—En cuanto a ti, Nicolás —habló el maestro Inmemorial de Maquiavelo—, viajarás a las Américas. La Hechicera anda suelta por Alcatraz. Haz todo lo que esté en tu mano para asegurar la isla.

—Pero no dispongo de contactos en San Francisco —protestó rápidamente el italiano—, ningún aliado. Europa siempre ha sido mi campo de trabajo.

—Tenemos agentes repartidos por todas las Américas; en este instante ya están viajando hacia el oeste a la espera de tu llegada. Daremos órdenes estrictas para que uno de ellos te guíe y te ayude. En Alcatraz encontrarás un ejército, por llamarlo de algún modo, que permanece

dormido en las celdas. Son criaturas que el ser humano sólo reconoce en sus peores pesadillas o mitos más estremecedores. No teníamos intención de utilizar este ejército tan pronto, pero los acontecimientos están sucediéndose muy rápido, mucho más de lo que preveíamos. Pronto llegará el Momento de Litha, el solsticio de verano. Ese día, el que marca la llegada del estío, las auras de los mellizos alcanzarán su momento más vigoroso, a diferencia de las fronteras que dividen este mundo de la miríada de Mundos de Sombras, que alcanzarán su instante más débil. Nuestra intención es reclamar esta tierra ese mismo día.

48

Incluso Maquiavelo fue incapaz de mantener una expresión neutral. Miró a Dee y descubrió que el Mago también tenía los ojos como platos. Ambos hombres habían trabajado bajo las órdenes de los Oscuros Inmemoriales durante siglos y sabían de buena tinta que su intención era regresar al mundo que una vez ellos mismos gobernaron. Aun así, les sorprendía darse cuenta de que, después de años de espera y planes, tal acontecimiento estaba a punto de ocurrir en tan sólo tres semanas.

El doctor John Dee se acercó aún más al teléfono.

—Maestros, y hablo también en nombre de Maquiavelo cuando os digo estas palabras, nos alegra que el Tiempo del Retorno esté a punto de llegar y con él, todos vosotros. —Tragó saliva y cogió aire—. Pero permitidme que os advierta de algo: el mundo al que estáis a punto de regresar no es el mismo que abandonasteis. Los humanos tienen tecnología, comunicaciones, armas... resistirán —añadió con tono vacilante.

—Tienes razón, Doctor —dijo el maestro de Maquiavelo—, así que les entregaremos algo para distraerles,

algo para que utilicen sus recursos y consuman su atención. Nicolás —continuó la voz—, cuando hayas recuperado Alcatraz, despierta a todos los monstruos que dormitan en las celdas y ponlos en libertad sobre la ciudad de San Francisco. La destrucción y el terror serán indescribibles. Y cuando la ciudad haya quedado reducida a ruinas humeantes, permite que todas las criaturas merodeen como deseen. Saquearán todo el continente americano. La raza humana siempre ha temido a la oscuridad: les recordaremos por qué. Hay hordas de criaturas semejantes escondidas en cada continente; se liberarán en el mismo momento. El mundo se disolverá rápidamente en locura y caos. Ejércitos enteros serán exterminados, de forma que nadie podrá enfrentarse a nosotros cuando regresemos. ¿Y cuál será nuestra primera acción? Destruir a todos los monstruos para que la raza humana nos dé la bienvenida como sus salvadores.

49

—¿Y estas bestias están en las celdas de Alcatraz? —preguntó Maquiavelo consternado—. ¿Cómo debo despertarlas?

—Recibirás órdenes cuando llegues a las Américas. Pero primero tienes que derrotar a Perenelle Flamel.

—¿Cómo sabemos que sigue allí? Si ha logrado escapar de su celda, quizás haya huido de la isla.

El italiano era consciente de que, de repente, el corazón le latía más rápido; hacía trescientos años que había jurado venganza a la Hechicera. ¿Tendría ahora la oportunidad de ajustar cuentas con ella?

—Ella sigue en la isla. Ha liberado a Areop-Enap, la Vieja Araña. Es una adversaria peligrosa, pero no invencible. Hemos tomado precauciones para neutralizarla y, de paso, asegurarnos de que Perenelle no abandone la isla

hasta que tú llegues. Y Nicolás —dijo el Inmemorial con voz severa—, no repitas el error de Dee. —El Mago se irguió—. No intentes capturar o encarcelar a Perenelle. No intentes hablar con ella, negociar con ella o razonar con ella. Mátala en cuanto la veas. La Hechicera es infinitamente más peligrosa que el Alquimista.